



## NUPCIAS MISTICAS

AL ESPIRITU DE ELLA

OH, mi pálida Dolorosa! La última noche de nuestros amores terrenales vestías de blanco, y entre los encajes que velaban tu seno, prendíase, como mariposa fatídica, un moño de terciopelo negro. Estabas sentada en el taburete del piano y tu falda caía sobre la alfombra en una ondulación de pliegues nivosos. Tus dedos distraídos evocaban á veces del alma harmoniosa del teclado, parvadas crepusculares de fugitivas notas . . .

Me acerqué de puntillas y desperté tu ensueño con un beso.

Fijando en mí tu mirada de adiós, profunda en su agonía y circuída por la amoratada lividez de las ojeras, atendías á mi voz que te hablaba de los venerados recuerdos: danzas rítmicas de idilio bajo las enramadas opulentas, tibios claros de luna en el mar infinito, siestas indolentes abanicadas por las frondas tropicales, azules confidencias de amor tupidas

de estrellas cintilantes, vuelos seráficos de las almas hacia el cielo inmortal . . .

Oh, mi pálida Dolorosa! te devoró mi amor; te arrojaste á la pira sagrada . . . Qué terrible combustión! A medida que te consumías eran más intensas las fogatas de tus ojos. Toda tu vida de ideal se concentró en tu mirada: la mirada histérica de una monja que ofrece á Dios su holocausto de esperanzas . . . Eran tan apacibles tus pupilas, tan lánguidas en el abandono! Tus sonrisas, que, en la rápida primavera de la vida sin afanes, te iluminaban con halos de felicidad, se velaron, se opacaron, como las auroras de los días nublados . . . Tus formas sanas y bellas, de intachable mármol griego, se esfumaron en la indecisa silueta de las Madonas pensativas . . . Pasaste del harem lujoso al claustro desnudo; tu cuerpo, acostumbrado á reposar en los cojines orientales del palacio, clavó las rodillas en las duras baldosas del templo. Ay! lentamente te separabas del mundo, y al perder la apariencia corpórea, al depurarte con tus cilicios y con mis besos del barro que peca y que sufre, al volver á la Divinidad convertida en aliento de amor, en ráfaga del Edén, estabas tan místicamente hermosa, poseías tal fuerza espiritual, que tu mano diáfana ó la orla de tu vestido eran para mis ojos como el punto blanco del hipnotizador, y me fascinabas como la esplendorosa epifanía del Dante! . . .

A la opaca claridad de los cirios te corté un rizo . . . Torcía su voluta sobre tu frente amplia, melancólicamente despejada, como el horizonte de un cielo triste.

Aquí estoy, frente á tu piano. Sé que vives, tu Esencia venturosa impregna el aire que respiro, siento tu caricia espiritual en mi frente, y el eco muerto de tu voz preludia en mi alma el himno de la esperanza! Ven! el amor te evoca; ven, con la forma divina del fantasma, á sentarte de nuevo en el taburete abandonado, á cantarme tu romanza favorita, esa romanza que es una plegaria interrumpida por besos! Por la puerta de tu alcoba me llega todavía el olor de la cera quemada y de las flores secas, y sobre el lecho, debajo del crucifijo, oscilan pedazos de sombra, harapos del sudario de la eternidad . . . Aquí, en este diván, está un rosario; aún con el calor de tus oraciones y con la humedad de tus lágrimas y con el perfume de incienso de tu seno! Mis pensamientos se evaporan . . . el letargo se me filtra por los poros . . . un aleteo de locura me sacude el cerebro . . .

Oh, mi pálida Dolorosa! No tarda en sonar la media noche, la hora santa de nuestro culto. Ven, sombra de luz! quiero oír tu voz de graves y apasionados acentos . . . Será cierto? qué es ese *fru fru* de hoja marchita que se arrastra en la alfombra? . . . quién se acerca? . . . ese acorde! . . . atraviesa mi fantasía

un vuelo de palomas! . . . . . Esa nota suspirada? . . . . . se pintan celajes en mi alma! . . . . . Canta, Espíritu inmortal, desgrana el rosario de tu plegaria y el collar de tus besos! . . . . . Y mientras cantas, allá en la alcoba, entre iluminaciones de astros, la alegre Teoría de las Esperanzas, derrama sobre el tálamo nupcial una lluvia de mirra virgen y de lirios místicos! . . . . .

Junio, de 1892.

